

*La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional**

Fernando Molina Aparicio

Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea

Resumen: La teoría social de la nación ha permitido rescatar el individuo como participante autónomo en el proceso de nacionalización. Existe un «nacionalismo personal» que explica la múltiple y contradictoria apropiación que de la nación hace el individuo, que puede rastrearse en la escritura histórica. Así lo demuestran otras historiografías europeas pese a que en el caso español éste sea precisamente un asunto aún muy escasamente estudiado. En este sentido, los trabajos biográficos pueden ser sumamente útiles para comprender la compleja identificación que el individuo tiene con la nación y cómo ésta no tiene por qué coincidir con el relato canónico que el nacionalismo fija acerca de la identidad nacional.

Palabras clave: nacionalismo, identidad nacional, individuo, biografía, siglo XX.

Abstract: In contrast with canonical nationalist discourse, the individual adopts the nation as an identity narrative and this subjective fact can

* Este texto es una versión de una parte de la ponencia presentada en la II Reunión de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía titulada *Le singulier et le collectif à l'épreuve de la biographie* (College d'Espagne, París, 9 de febrero 2010). Quiero agradecer a Isabel Burdiel, José M. Faraldo, Joseba Louzao, Alejandro Quiroga, Pedro Oiarzabal, Xosé M. Núñez Seixas y Ferran Archilés sus comentarios. La investigación que en él expongo ha sido posible gracias a los proyectos HAR2008-03428-E, de Isabel Burdiel, y HAR2008-06252-C0201, de Xosé Manoel Núñez y Javier Moreno, así como al grupo de excelencia IT-429-10 de Luis Castells y su proyecto HAR2011-30399.

change over a lifetime, as does the individual. There is a mutual involvement between nation and individual that is always autonomous from the discourse of nationalists. The latter seek to «collectivize» this experience, transforming it into a general phenomenon and taking away the specific components of each biographical trajectory. Biography and personal memories can be useful to understand the relationship between individual and nation, as Spanish historians focused on other European historiographies have showed.

Keywords: nationalism, national identity, individual, biography, 20th Century.

En la primera década del siglo XXI, la teoría social y la historiografía del nacionalismo han experimentado un giro «de arriba abajo», inducido por trabajos renovadores de signo cultural de los años noventa del siglo anterior, y han buscado superar el principal lastre de estos trabajos, caso de una perspectiva de la nación caracterizada por la «excesiva dependencia de las opiniones y valoraciones de la élite educada acerca de la existencia y características de la conciencia nacional de una determinada sociedad»¹. Se ha revalorizado el recurso a las mismas fuentes personales manejadas en los estudios biográficos y en novedosas aproximaciones individualizadoras a los fenómenos totalitarios. Así, el ensayo autobiográfico, la narrativa testimonial, la correspondencia, las memorias (orales o escritas), los diarios, e incluso ciertas modalidades de narrativa de ficción (cuando se reconocen abiertamente inspiradas en la vida real), han sido recuperadas en tanto que fuentes históricas preeminentes con que abordar la forma en que el individuo se identifica con la nación. Estas fuentes muestran que la efectividad de ésta depende tanto de la capacidad de un Estado o movimiento nacionalista por convertirla en un referente público trivial, como de la seducción que genere en una esfera más privada, en tanto que narrativa de

¹ Marnix BEYEN y Maaren VAN GINDERACHTER: «General Introduction: Writing the Mass into a Mass Phenomenon», en Marnix BEYEN y Maaren VAN GINDERACHTER (eds.): *Nationhood from Below. Europe in the Long Nineteenth Century*, Basingstoke, Palgrave, 2012, pp. 3-15; la cita de Walker Connor en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA: «Identidad nacional, heterodoxia y biografía», en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA (eds.): *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, p. 9.

sentido capaz de ser apropiada por las personas comunes como parte de su identidad.

En este texto expongo la evolución de la teoría y la historiografía hacia esta dimensión más individualizada de los procesos de nacionalización. Señalo cómo ha ido rescatándose en las últimas décadas una particular faceta personal del nacionalismo que contribuye a explicar la diversa apropiación que el individuo hace de la nación. Esta dimensión personal ha sido abordada por historiadores españoles para casos y fenómenos ocurridos en otros países. Mientras, para el caso de España, ha comenzado a ser resaltada por ciertas biografías históricas centradas en nacionalistas. Todo esto me ayuda a resaltar, finalmente, la utilidad que los trabajos biográficos pueden tener a la hora de comprender la compleja identificación que el individuo tiene con la nación y cómo esta puede transformarse a lo largo de la vida, frente a lo que plantea el discurso canónico del nacionalismo.

Dentro y fuera de la nación

Es evidente que si la nación es considerada una identidad natural que cobra forma social como «sentimiento» su análisis histórico tiene un recorrido muy limitado. Es difícil analizar un estado de conciencia o una emoción particular. Sin embargo, la ciencia social ha dejado claro que esta identidad es cultural y subjetiva. Toda identidad es una construcción narrativa que pretende dar sentido a la historia vivida². Y la nación es un referente fundamental en dicha construcción, que permite al individuo conferir unidad, coherencia, continuidad histórica y orientación política a sus experiencias pasadas y presentes³. El historiador puede, a la luz de esta dimensión narrativa de la identidad, estudiar cómo el individuo adopta la nación en su vida, especialmente cuando lega materiales biográficos en que relata esa experiencia íntima. Es más, si no se plantea eva-

² Paul RICOEUR: «Life in Quest of Narrative» y «Narrative Identity», en David WOOD (ed.): *On Paul Ricoeur. Narrative and Interpretation*, Londres-Nueva York, Routledge, 1991, pp. 20-33 y 188-199.

³ Ángel CASTIÑEIRA: «Naciones imaginadas, identidad personal, identidad nacional y lugares de memoria», en Joan R. RESINA y Ulrich WINTER (eds.): *Casa encantada. Lugares de memoria en la España constitucional (1978-2004)*, Madrid, Verbuert, 2004, pp. 46-47.

luarlo puede caer en la trampa de dar por supuesto que la nación siempre «estuvo allí», como algo normal en su vida⁴.

Considerar el papel de la nación en el individuo del pasado induce a conocer la evolución de este concepto en la ciencia social y la historiografía contemporáneas. Y ésta vivió una transformación entre 1944 y 1960. Entre esos años surgieron tres estudios que propiciaron una revolución de su semántica académica. En 1944, un judío checo, Hans Kohn, determinó que no podía hablarse de nacionalismo antes del siglo XVIII, quedando la era histórica previa como un tiempo «prenacionalista»⁵. Su propuesta histórica era de un constructivismo más moderado que el que había vertido en un trabajo pionero, publicado en 1932, acerca del nacionalismo en la nueva Unión Soviética, algo explicable quizá por el impacto que le pudo generar una guerra tan nacionalista como la de 1939⁶. Dieciséis años después, un judío persa, Elie Kedourie, redujo la óptica cronológica y topográfica del nacionalismo, describiéndolo como una «doctrina inventada» en la Europa decimonónica, sustentada en una «religión civil». Ese mismo año, otro politólogo (esta vez sin ascendientes judíos conocidos), Rupert Emerson, completó el giro semántico al convertirla en un fenómeno subjetivo: «una nación [...] es un conjunto de personas que se considera una nación»⁷.

La nación comenzó a ser considerada como una construcción social de naturaleza político-cultural. Sin embargo, era necesario datarla como proceso histórico y definir cómo los individuos se apropiaban de ella en tanto que identidad. En 1964, otro judío, nacido en París y educado en Chequia, Ernest Gellner, publicó su famoso capítulo séptimo a un libro compilatorio de trabajos diversos. En polémica con su amigo Kedourie, apostó por retirar el análisis

⁴ Ernest GELLNER: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1994 (1983), p. 69.

⁵ Hans KOHN: *The idea of nationalism*, Nueva York, MacMillan Company, 1944.

⁶ José M. FARALDO: «Modernas e imaginadas. El nacionalismo como objeto de investigación histórica», *Hispania*, vol. LXI, 3 (2001), p. 937, en donde se cita este trabajo pionero, que se enmarca en un poco conocido universo de estudios de factura constructivista sobre el nacionalismo, realizados por sociólogos checos y polacos en los años treinta.

⁷ Craig CALHOUN: «Introduction», en Hans KOHN: *The idea of nationalism...*, p. ix; Rupert EMERSON: *From Empire to Nation*, Cambridge MA, Harvard UP, 1960, p. 102, y Elie KEDOURIE: *Nationalism*, Londres, Hutchinson, 1960 (edición española del CEC, 1985, esp. pp. 1-20).

histórico del nacionalismo de la historia de las ideas y por reubicarlo en la entonces pujante historia social, abandonando su interpretación en clave ideológica por otra más abierta, de signo cultural⁸. Mejoró su tesis años después, pero ya entonces la había dejado pergeñada: la nación no es lo que dicen sus creyentes, una realidad natural ni evidente. Ni el nacionalismo es el catalizador de su despertar como organismo dormido, sino más bien su auténtico creador. No revive el pasado ni preserva viejas tradiciones, sino que inventa las naciones sobre las ruinas de identidades disfuncionales en el nuevo tiempo de la modernidad industrial y tecnológica. Es, por consiguiente, no un fósil vivo, sino un fenómeno inherente a la industrialización y a la revolución liberal, a la homogeneización social que requiere la cultura del Estado moderno y al propio discurso y lenguaje de los medios de comunicación que lo construyen en la vida cotidiana⁹. Esta última idea había sido desarrollada por Leonard Dobb, un psicólogo social norteamericano al que Gellner no llega a referirse, a pesar de la cercanía entre ambas tesis. Quizá la sorpresa no sea tanta si se cuenta con la influencia, fundamental, que sobre ambos había ejercido un gurú del análisis del lenguaje mediático como fue Marshall MacLuhan¹⁰.

Veinte años después, en 1983, un anglo-irlandés especializado en estudios orientales, Benedict Anderson, fijó el fundamento subjetivo de la nación al concebirla como una comunidad política imaginada. Esta condición imaginaria convierte al nacionalismo en una cultura que proporciona al individuo un sentido político de pertenencia colectiva. Comenzó a forjarse gracias a la imprenta y adquirió centralidad con las revoluciones liberales que auparon al debate público un nuevo sujeto político abstracto: el pueblo soberano. Con esta obra (revisada y corregida en 1991) se consolidó la escuela instrumentalista de estudios del nacionalismo¹¹.

⁸ Daniele CONVERSI: «Modernism and Nationalism», *Journal of Political Ideologies*, vol. 17, 1 (2012), pp. 13-34, pp. 15-16.

⁹ Ernest GELLNER: *Thought and Change*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1964, pp. 147-178; *íd.*: *Naciones y nacionalismo...*, pp. 163-164, y José M. FARALDO: «Modernas e imaginadas...», pp. 938-939.

¹⁰ Leonard DOBB: *Patriotism and Nationalism. Their Psychological Foundations*, Yale, New Have, 1964, y Marco ADRIA: *Technology and Nationalism*, Kingston-Montreal, Mc-Gill-Queens University Press, 2009, p. 8.

¹¹ Benedict ANDERSON: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993 (1991), pp. 21-25.

El tiempo histórico en que se produjo esta reformulación académica resulta crucial. Entre el año en que Kohn publicó su ensayo y el año en que lo hizo Gellner, los imperios europeos que se habían formado gracias a la introducción del nacionalismo en las relaciones internacionales habían entrado en crisis en mitad de tortuosos procesos de descolonización que generaron decenas de nuevos Estados nación. Poblaciones de múltiples etnias y tradiciones a las que se había reunido bajo torpes procesos de nacionalización cultural eurocéntrica se apoyaron para ello en sólidos movimientos nacionalistas que, en ocasiones, eran tan antiguos como los propios nacionalismos colonizadores¹². Todo colocaba a los académicos occidentales ante la difícil tesitura de enfrentarse a un «nuevo nacionalismo» poscolonial que era de difícil explicación si se atendía a los criterios naturalistas acerca de la nación que se habían manejado en las esferas de poder y debate académico del mundo occidental.

Éste fue el contexto histórico que enmarca los escritos de Kohn, Kedourie, Emerson o Gellner, en el cual, además, tenía lugar un pulso ideológico entre el bloque capitalista y el comunista por liderar política e ideológicamente este «nuevo nacionalismo»¹³. Surgieron para ello las teorías de la modernización que dominaron la ciencia social y proporcionaron fundamento científico a la nueva contemplación instrumental de la nación¹⁴. Estas teorías categorizaron los procesos sociales, políticos y económicos que permitieron la formación de las nacionalidades impulsadas por los Estados occidentales. Y propusieron modelos de modernización destinados a guiar a los nuevos Estados poscoloniales por el camino de la unidad nacional. Las naciones habían dejado de ser organismos naturales que «germinaban» en la historia para convertirse en «artificios mecánicos» que podían ser contruidos en cualquier geografía

¹² Christopher A. BAYLY: *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*, Madrid, Siglo XXI, 2004, pp. 228-230 y 239-242.

¹³ Un recuento contemporáneo de estos nuevos procesos de nacionalización al hilo de las nuevas teorías de Kohn, Kedourie o Emerson en Louis L. SNYDER: *The New Nationalism*, Cornell, Cornell UP, 1968.

¹⁴ Michael E. LATHAM: *Modernization as ideology. American Social Science and «Nation Building» in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000, y Christopher SIMPSON (ed.): *Universities and Empire. Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, Nueva York, New Press, 1998.

y tiempo (algo que el propio Kohn había advertido para el caso de la Unión Soviética en los años treinta)¹⁵.

Se pasó, así, de ser la nación algo natural en el individuo, a ser algo ajeno a él, que le «venía» desde fuera. Así lo expuso Eugen Weber, el historiador que mejor supo aplicar estas teorías a la historia de Francia, encarnación paradigmática de la nación occidental. Una Francia en la que sólo a la altura de la III República los *campesinos* se fueron convirtiendo en *franceses*, por efecto de una nación que *vino*, como la política liberal, a ellos desde fuera de su ámbito cultural¹⁶. La nación francesa de Weber es una comunidad política de identidad difundida de forma unidireccional, con un punto emisor, el Estado, y otro receptor, el individuo. Mediante «agencias de cambio», el primero la habría transferido al segundo con el fin de «colonizarlo» culturalmente¹⁷. Su tesis era la plasmación histórica de la conocida afirmación de Robert Nisbet de que la nación era hija del Estado, no al revés (que tanto evoca, a su vez, la de Gellner sobre el nacionalismo como gestante de la nación)¹⁸. Estos planteamientos consolidaron una perspectiva disociativa entre individuo y nación. El individuo carecía de control alguno sobre una identidad política que le venía inducida desde las esferas del poder y las instituciones estatales (o movimientos nacionalistas) que lo representaban¹⁹.

El impacto del giro cultural sobre las concepciones modernistas transformó el paradigma interpretativo de la nación en la histo-

¹⁵ Karl DEUTSCH: *Tides among Nations*, Nueva York, The Free Press, 1979, p. 135.

¹⁶ Eugen WEBER: *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford UP, 1976, e íd.: «Comment la politique vint aux paysans: A Second Look at Peasant Politicization», *American Historical Review*, 87 (1982), pp. 357-389.

¹⁷ Miguel CABO y Fernando MOLINA: «The long and winding road of nationalization. Eugen Weber's *Peasants into Frenchmen* in Modern European History (1976-2006)», *European History Quarterly*, vol. 39, 2 (2009), pp. 264-286.

¹⁸ Robert A. NISBET: *The Quest for Community. A Study in the Ethics of Order and Freedom*, Londres, Oxford UP, 1969 (ed. revisada, original de 1953), p. 164.

¹⁹ Esta perspectiva es la que ha guiado los proyectos de investigación sobre la nacionalización puestos en marcha hasta fechas recientes en la universidad española: Ferran ARCHILÉS: «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c. 1920)», en Javier MORENO (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 127-128.

ría. Así lo subrayó un texto de mediados de los noventa que avanzaba el peso futuro que iban a tener nuevas teorías que incidían en la dimensión cotidiana e individual de la nación²⁰. Fue, así, desarrollándose una historiografía revisionista influida por la antropología (Frederick Barth, James Clifford, Clifford Geertz, Anthony P. Cohen) que subrayó la interacción entre el individuo y la nación según prácticas que más tenían que ver con una «negociación» comercial que con una «conversión» religiosa²¹. La historiografía de la nación no seguía, en este punto, sino los pasos que la historia social había dado ya antes en relación con dos fenómenos consecutivos. Por un lado, el descubrimiento de la condición subjetiva de la identidad de clase. Por otro, el «rescate» del individuo en tanto que sujeto creador de dicha «clase»²².

Finalmente, en los primeros años del siglo XXI se han intensificado los estudios de historia social centrados en la Europa de entreguerras y en la experiencia íntima de los traumas bélicos y totalitarios vividos en el viejo continente. Esta historiografía ha resaltado las ventajas de una mayor «individualización del sujeto social» que se veía ya propulsada por el repunte del género biográfico desde los años noventa del pasado siglo. Y tal es el marco en el que ha ido surgiendo una nueva historiografía del nacionalismo que concibe los individuos como sujetos activos en la construcción de la nación²³.

Banalización y consumo de nación

En una tierra de nadie entre la valoración de los factores externos e internos al individuo en su «experiencia de la nación» puede situarse la tesis que plantea la existencia de un nacionalismo banal o la que, ampliándola, incide en la existencia de un «nacionalismo

²⁰ Geoff ELEY y Ronald G. SUNY: «Introduction», en Geoff ELEY y Ronald G. SUNY (eds.): *Becoming National. A Reader*, Oxford, Oxford UP, 1996, pp. 9 y 21-25.

²¹ Fernando MOLINA: «¿Realmente la nación vino a los campesinos? *Peasants into Frenchmen* y el “debate Weber” en Francia y España», *Historia Social*, 62 (2008), pp. 78-102, pp. 91-94.

²² Mark HEARN y Henry KNOWLES: «Struggling for recognition: Reading the Individual in Labour History», *Labour History*, 87 (2004), pp. 1-10.

²³ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA: «Identidad nacional...», pp. 7-8.

cotidiano» que ordena nuestro comportamiento público y privado. Ambas tesis muestran de forma muy ilustrativa cómo se produce la normalización de la identidad nacional en la vida cotidiana. La explican por el peso que tiene su representación trivial, que dota de sentido el discurso de la prensa, la televisión, el lenguaje político, la cultura popular y las formas de ocio y de consumo masivo de bienes y servicios. Símbolos cotidianos que, como la bandera que ondea en los edificios públicos o la marca del coche que uno conduce, ayudan a convertirla en una identidad naturalizada que se sustentará, asimismo, en repertorios narrativos agresivos frente a los no nacionales. La cultura popular de masas y los medios de comunicación son su agente difusor en un tiempo dominado por la inmediatez del aquí y el ahora. Estos medios organizan y sincronizan nuestro proceso de asimilación de la información cotidiana, nuestros hábitos de vida (consumo, ocio, deporte, relaciones interpersonales), proporcionándonos la identidad nacional como referente de pertenencia rutinario²⁴.

La recepción de estas tesis en España (especialmente la primera de ellas, de Michael Billig) ha sido diversa. Por un lado, hay historiadores y teóricos sociales que proponen un respaldo (mesurado) de las mismas, en tanto en cuanto no han sido aplicadas de forma sistemática a la historia de la nacionalización, sustancialmente a su vertiente estatal: «todavía sabemos muy poco de trabajos españoles que hayan estudiado desde una perspectiva como la de Billig, por ejemplo, la prensa escrita, los medios audiovisuales, el cine, la publicidad o el fútbol, como para afirmar su insuficiencia»²⁵. Otros académicos, aun aceptando la importancia de esta dimensión trivial de la nacionalización, ven en la tesis de Billig un remedo psicosocial de las propuestas clásicas que dibujan una circulación vertical de la nación desde el Estado hasta el individuo y que convierten a éste en «un recipiente de mensajes elaborados desde arriba, por

²⁴ Michael BILLIG: *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995, y Tim EDENSOR: *National Identity, Popular Culture and Everyday Life*, Oxford, Berg, 2002, quien incide en la dimensión rutinaria de la nación en la vida cotidiana en «Reconsidering National Temporalities. Institutional Times, Everyday Routines, Serial Spaces and Synchronicities», *European Journal of Social Theory*, vol. 9, 4 (2006), pp. 525-545.

²⁵ Ferran ARCHILÉS: «¿Fin del paradigma nacional? La nación en la historiografía contemporánea», en Ángeles BARRIO, Jorge DE HOYOS y Rebeca SAAVEDRA (eds.): *Nuevos horizontes del pasado. Culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, PUBLiCan, 2011, p. 91.

[...] fuerzas que no [le otorgan] un ápice de libertad de elección y negociación de su identidad nacional, y que le [fuerzan] a acomodar su tiempo biográfico al de la narrativa nacional»²⁶.

Me atrevo a señalar, de forma especulativa, dos experiencias biográficas de la nación que pueden alimentar ambas posiciones. Por un lado, la de quienes viven en territorios en donde la nación estatal ha adquirido la condición de identidad rutinaria y trivial, por mucho que hibride con tradiciones culturales que hubieran podido alimentar experiencias nacionales alternativas. Esto hace natural el interrogarse sobre las potencialidades del Estado y sus canales de comunicación para consolidar una identidad hegemónica. Por el otro, la de quienes viven en territorios en donde la nación estatal ha sido expulsada del espacio público por métodos coercitivos. Y es que, en casos como el del País Vasco, tesis como la del nacionalismo banal o «cotidiano» resultan poco operativas porque la nación estatal se ha convertido en un referente clandestino, como han reflejado las mismas movilizaciones deportivas que sirven para reafirmar la utilidad de estos planteamientos psico-sociales en otros casos²⁷. En ese sentido, en la España de estos últimos treinta años la tesis de Billig tendría que ampliarse hacia algo más que el poder del Estado central, a la propia actuación de, pongamos por caso, la Generalitat catalana o el Gobierno vasco²⁸.

Esto que aquí propongo parte de considerar la subjetividad del historiador o el teórico social en su análisis del nacionalismo. El irlandés Connor Cruise O'Brien sostuvo que, para desmontar el contenido trágico y resentido de la narrativa de nación, resulta útil explicarla a la luz de los individuos que la adoptan como relato biográfico. Y para eso puede ser recomendable que el historiador se posicionara biográficamente ante dicha narración o, en expresión de

²⁶ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA: «Identidad nacional...», p. 8. Una posición aún más crítica en Fernando MOLINA: «Realidad y mito del nacionalismo español. Bibliografía reciente y estado de la cuestión», *Historia y Política*, 21 (2009), pp. 275-289, pp. 283-286.

²⁷ Ferran ARCHILÉS: «¿Fin del paradigma nacional?...», p. 92. Esta vivencia clandestina de la nación española en Fernando MOLINA: «¿De dónde salieron las banderas? Reflexiones sobre “la Roja”, los vascos y el patriotismo español», *Cuadernos de Alzate*, 44 (2011), pp. 31-46.

²⁸ Sigo aquí el razonamiento de Jonathan HEARN: «National identity: banal, personal and embedded», *Nations and Nationalism*, vol. 13, 4 (2007), pp. 657-674, pp. 660-663.

Jon Juaristi, que «el paisajista [figure] en el paisaje»²⁹. La reflexión es de difícil digestión. Muchos la interpretarán como una concepción inaceptable al ego intelectual (tanto o más que al giro lingüístico). Curiosamente el debate sobre política y convivencia cívica en el País Vasco contemporáneo, plagado de reflexiones sobre la nación y la violencia, muestra que éstas muchas veces resultan canalizadas por la trayectoria biográfica de sus participantes³⁰. Lo cual puede explicar por qué Juaristi adoptó con entusiasmo la sentencia del historiador irlandés. Por lo demás, esta observación especulativa permitiría interpretar mejor las razones que pudieron mediar en los acercamientos a este fenómeno de Hans Kohn, Louis Snyder, Ernest Gellner, Eric Hobsbawm o Benedict Anderson, fácilmente deducibles a partir de sus orígenes biográficos.

Creo, además, que todo un «giro autobiográfico» en la escritura de la historia contemporánea puede respaldar esta constatación. Un giro influido por el «redescubrimiento» que muchos historiadores han hecho de la subjetividad como parte del relato del pasado, gracias a las enseñanzas del «giro cultural». Y nada hay más subjetivo que la nación en toda biografía, incluida la de aquel que la analiza en la historia. Nada como la nación, pues, para formar parte de las «obsesiones» biográficas que alimentan las preguntas (y tentativas de respuesta) que los historiadores plantean al pasado³¹.

La nación desde abajo

Si en el nuevo siglo la teoría y la historia del nacionalismo han experimentado un movimiento «de arriba abajo», reflejado en un interés por los «procesos» y «experiencias» de nacionalización

²⁹ Jon JUARISTI: *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa, 1997, pp. 27-28.

³⁰ José C. MAINER: «El peso de la memoria. De la imposibilidad del heroísmo en el fin de siglo», en Domenico A. CUSATO *et al.* (ed.): *Letteratura della Memoria. Atti del XXI Convegno dell'Associazione Ispanisti Italiani*, vol. I, Messina, Andrea Lippolis Editore, 2002, pp. 11-37, o Joseba ZULAIKA: «Confesiones de un étnico recalcitrante», *Revista de Antropología Social*, 11 (2002), pp. 221-249.

³¹ Richard VINEN: «The Poisoned Madeleine: the Autobiographical Turn in Historical Writing», *Journal of Contemporary History*, 46(3) (2011), pp. 531-554, esp. pp. 550-551, y Jaume AURELL: «Del logocentrismo a la textualidad: la autobiografía académica como intervención historiográfica», *Edad Media*, 9 (2008), pp. 193-222.

desde una perspectiva cultural, éste ha terminado promoviendo un acercamiento diferente a los procesos de nacionalización. La nación es crecientemente concebida como un referente cultural que vincula representación y narración³². En consecuencia, el nacionalismo es concebido como una «formación discursiva» que comunica la nación como «narración»³³. «Nunca ha habido un pueblo sin relato», sentenció Roland Barthes³⁴. Y en la época contemporánea la nación se convierte en la narrativa que enmarca dicho relato. La nación es interpretada como un conjunto de metáforas, imágenes, relatos e historias que se producen y reproducen discursivamente en la esfera pública y que configuran una narrativa maestra acerca del pasado y el presente del grupo humano al que dota de identidad. En la creación de esta narrativa intervienen desde historiadores hasta periodistas, pasando por intelectuales de toda índole (artistas, escritores), así como académicos, profesores, políticos, etc. Es difundida de forma textual y visual, a través de la prensa, el cine, la radio, el cómic, la literatura, el ensayo o la televisión³⁵.

Esta forma de acercamiento al fenómeno nacional ha revalorizado el recurso a las fuentes personales que tradicionalmente se manejaban en los estudios biográficos y que han promocionado, junto con la historia oral, nuevas aproximaciones a los fenómenos traumáticos del pasado siglo (guerras, dictaduras, represiones políticas, genocidios, migraciones), centradas en la experiencia, sufrimientos y expectativas de los individuos que los vivieron. Diarios,

³² Geoff ELEY y Ronald SUNY: «Introduction...», p. 24.

³³ Craig CALHOUN: *Nationalism*, Buckingham, Open University Press, 1997; id.: «Nacionalismo y cambio social», en Valentín VÁZQUEZ DE PRADA, Ignacio OLÁBARRI y Francisco J. CASPISTEGUI (eds.): *Para comprender el cambio social. Enfoques teóricos y perspectivas historiográficas*, Pamplona, Eunsa, 1993, pp. 360-363; Stuart HALL: «Who needs "identity"?, en Stuart HALL y Paul DU GAY (eds.): *Questions of cultural identity*, Londres, Sage, 1996, pp. 1-17; Homi BHABHA: «DissemiNation: Time, Narrative and the Margins of the Modern Nation», en Homi BHABHA (ed.): *Nation and Narration*, Londres, Routledge, 1990, pp. 291-322, y Umüt ÖZKIRIMLI: *Theories of Nationalism. A Critical Introduction*, Basingstoke, Palgrave, 2000, pp. 197-198.

³⁴ Christian SALMON: *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear las mentes*, Barcelona, Península, 2008, p. 36.

³⁵ Stefan BERGER: «Narrating the Nation. Historiography and other genres», en Stefan BERGER, Linas ERIKSONAS y Andrew MYCOCK (eds.): *Narrating the Nation. Representations in History, Media and the Arts*, Oxford, Bergham, 2011, pp. 1-16, y Stefan BERGER (ed.): *Writing the Nation. A global perspective*, Houndmills, Palgrave-MacMillan, 2007.

autobiografías o correspondencia privada son fuentes que han marcado un proceso de recuperación del individuo en el análisis de los procesos de nacionalización, cuestionando las tradicionales explicaciones acerca de su posición subordinada en el proceso de asimilación de los relatos e imaginarios patrios generados por el Estado o los movimientos nacionalistas³⁶.

Es en este nuevo contexto de estudios *horizontales* en donde deben ponerse en valor recientes trabajos acerca de los marcos locales y cotidianos de la nacionalización, caso de la investigación liderada por Rogers Brubaker sobre el nacionalismo en la (multiétnica) ciudad transilvana de Cluj. En ella se refleja el carácter relativo de los marcadores étnicos y nacionales, y la necesidad que éstos tienen, para activarse, de circunstancias particulares de conflicto y ansiedad colectiva, actuando de manera opuesta a lo que gustan de proclamar los propagandistas que convierten el nacionalismo en un «estado de conciencia» o «sentimiento» permanente en los individuos³⁷.

Según estas nuevas propuestas teóricas, el individuo se nacionaliza no sólo por la acción de fuerzas externas, sino por su propia necesidad de dotarse de sentido en sociedades nacionalizadas. Por ello resulta esencial comprender «cómo las gentes asumen y *habitan* esa identidad, y cómo entonces la identidad determina su comportamiento»³⁸. Porque, pese a que el discurso nacionalista busca «devorar» al individuo al fijar una idea unívoca de la nación, «el significado y valor de la comunidad (nacional) para el individuo están sujetos a cuestionamiento, desafíos y constante revisión». En definitiva, «no hay garantía alguna de que un grupo de compatriotas potenciales imagine de forma uniforme su comunidad, o incluso que lo pretenda»³⁹.

³⁶ Martyn LYONS: «“Ordinary Writings” or How the “Illiterate” Speak to Historians», en Martyn LYONS (ed.): *Ordinary Writings, Personal Narratives: Writing Practices in 19th and early 20th-century Europe*, Berna, Peter Lang, 2007, pp. 13-31, pp. 29-30; Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA: «Identidad nacional...», p. 9, y Maarten VAN GINDERACHTER: «Nationhood from below. A historiographic essay on Great Britain, France and Germany in the long nineteenth century», en Marnix BEYEN y Maarten VAN GINDERACHTER (eds.): *Nationhood from below...*, pp. 120-136.

³⁷ Fernando MOLINA y Miguel CABO: «Historiografía i nacionalització a Espanya. Reflexions finals», *Segle XX*, 4 (2011), p. 162.

³⁸ Steve REICHER y Nick HOPKINS: *Self and Nation. Categorization, Contestation and Mobilization*, Londres, Sage, 2001, p. 3.

³⁹ Stephen HUNSAKER: *Autobiography and National Identity in the Americas*, Virginia, The University Press of Virginia Press, 1999, pp. 3-4. El sentido invasor que

Una cuestión que se desprende de la actual teoría social e historiografía del nacionalismo es qué autonomía tiene el individuo respecto de la nación. De ahí que sea oportuna una pregunta que podemos formular al pasado: cómo el individuo «habita la nación» o, mejor aún, cómo ésta es «personalizada» por el individuo. Para profundizar en esta cuestión, el antropólogo Anthony P. Cohen propuso, a finales del pasado siglo, el concepto de «nacionalismo personal», con el que se refería a la «mutua implicación» que tiene lugar entre nación e individuo. En la consideración que todo individuo hace de su identidad nacional (*soy escocés, soy español, soy catalán, soy alemán*) el grupo nacional parece apropiarse del yo personal cuando es al revés. Esta dimensión personal que tiene la nación permite sustanciar «lo que de otra forma sería una etiqueta nacional vacía en términos de mi propia experiencia, mi lectura de la historia, mi percepción del paisaje, mi lectura de la literatura y música escocesa, por lo que cuando “veo” la nación me estoy contemplando a mí mismo». La efectividad social de la nación descansa, pues, no en la abstracción homogeneizadora que le confieren los nacionalistas al apropiársela como discurso, sino en el ejercicio de personalización subjetiva que de ella hace el individuo, asociándola a su universo afectivo⁴⁰.

Y para comprender este ejercicio se ha promocionado una figura metafórica generada por el debate en torno a la dimensión banal de la nación y vinculada a un elemento inherente al mismo capitalismo que coadyuvó a colocar la nación en el centro del universo referencial del individuo. Me refiero al «consumo», que es objeto de reflexión por Alejandro Quiroga en las páginas de este dossier⁴¹. Los procesos de nacionalización son procesos de «con-

el discurso nacionalista da a la nación en Anthony P. COHEN: *Self Consciousness. An alternative anthropology of identity*, Londres, Routledge, 1994, pp. 156-157.

⁴⁰ Anthony P. COHEN: «Personal nationalism: a Scottish view of some rites, rights, and wrongs», *American Ethnologist*, 23(4) (1996), pp. 802-815, pp. 803-805 y 810-811, y Jonathan HEARN: «National identity...», pp. 659 y 663-666.

⁴¹ James V. WERTSCH: «Consuming Nationalism», *Culture & Psychology*, vol. 3, 4 (1997), pp. 461-472, ha señalado que el sistema capitalista liberal interactúa con el nacionalismo y favorece la disposición del individuo a «consumir» productos patrióticos tanto o más que el Estado los pretende difundir banalmente; Jon E. FOX: «Consuming the Nation: Holidays, Sports and the Production of Collective Belonging», *Ethnic and Racial Studies*, vol. 29, 2 (2006), pp. 217-236, ha propuesto que este consumo tiene lugar en el espacio público y en relación con eventos deportivos y conmemoraciones rituales, y Jon E. FOX y Cynthia MILLER-IDRISS: «Everyday na-

sumo de nación» por partida doble. Primero, porque fomentan su apropiación en tanto que narrativa de identidad elaborada por «productores de nación» (intelectuales, artistas, políticos, académicos, escritores) que el individuo «consume» y adapta a su propio relato biográfico⁴². Es éste un «consumo negociado», en el que los productores proporcionan las materias primas y los individuos las «cocinan» mediante un proceso de identificación narrativa que singulariza la identidad nacional de acuerdo a cada trayectoria biográfica particular (habría, en este punto, que diferenciar *identidad* en tanto que estado o disposición del yo e *identificación* en tanto que proceso que nos conduciría a dicho estado)⁴³. Y, segundo, porque la nación se materializa en un repertorio de símbolos que el individuo adquiere con el fin de dar sentido a su identidad: banderas, representaciones iconográficas, estampitas y figuras religiosas, camisetas y emblemas, enciclopedias de historia nacional, cómics, novelas, etc.

Alejandro Quiroga plantea en este dossier la existencia de esferas de nacionalización que interactúan entre sí (pública, semipública y privada) y en cuyo marco los individuos consumen la nación, al adoptarla como narrativa de identidad. Todo remite a la conocida metáfora del nacionalismo como un «menú a la carta» cuyo contenido selecciona cada ciudadano a la hora de dotarse de sentido nacional, en contraste con el discurso nacionalista que lo identifica con un depósito geológico, inmemorial, descubierto por políticos, intelectuales, arqueólogos, filólogos o historiadores y que éstos transmiten a la ciudadanía en una circulación unidireccional⁴⁴. Porque la confección del «menú» no es exclusiva de una minoría

tionhood», *Ethnicities*, vol. 8, 4 (2008), pp. 536-563, han señalado, finalmente, que este consumo es complementario de otros mecanismos de interacción y negociación entre el individuo y la identidad nacional en la vida cotidiana, caso de su construcción discursiva en la rutina diaria («hablar la nación»), su atribución a las formas de vida y relaciones sociales cotidianas («escoger la nación») y su asociación a rituales y símbolos que contribuyen a ordenar y fijar su identificación con esta abstracción política («realizar la nación»).

⁴² Anthony P. COHEN: «Personal nationalism...», pp. 805, 807.

⁴³ Ángel CASTIÑEIRA: «Naciones imaginadas...», pp. 42 y 59.

⁴⁴ Anthony D. SMITH: «¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones», en Álvaro FERNÁNDEZ (comp.): *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 185-209 [fue originalmente publicado en *Nations and Nationalism*, vol. 1, 1 (1995), pp. 3-23].

de chefs brillantes, los «productores de nación», dedicados a elaborarla textualmente y a difundirla en el espacio público. Cada uno es cocinero en su propia casa, es decir, todos los individuos han ido convirtiéndose en estos dos siglos pasados en creadores del menú nacional en la medida que han sido consumidores del mismo. El emigrante hace uso del tópico sobre su nacionalidad manejado en su tierra de acogida y que transporta en su maleta a la par que coquetea con la nueva identidad que le proporciona su país de adopción y la exhibe con ánimo provocativo cuando retorna a su lugar de nacimiento. El ciudadano que vive en una sociedad gestionada por un nacionalismo coercitivo recurre a fórmulas rocamboleras para fijar su perseguida pertenencia nacional, como adquirir de forma clandestina una camiseta o bandera con el fin de reafirmar su identidad nacional en la vida privada y, en un momento dado, celebrarla públicamente⁴⁵.

Nación y narración del yo

El individuo puede, pues, «personalizar» la nación pese a la presión que hacen los nacionalistas por «colectivizarla» en el discurso público. En los estudios biográficos, la nación suele ser detectada en los «productores» aludidos, si bien se encuentra en todos los individuos que forman su audiencia. El problema es que ha sido «personalizada» por estos últimos de una forma privada, de manera que, muchas veces, no han quedado registros históricos (cartas, evocaciones biográficas, memoria oral) a los que acceder, o bien permanecen ubicados fuera de los «almacenes de memoria» en que los historiadores trabajamos, los archivos, las bibliotecas o los centros de memoria, desparramados en armarios y baúles que nunca podremos localizar ni consultar.

Sin embargo, los contextos traumáticos que ha vivido la sociedad europea del pasado siglo han beneficiado acercamientos «desde abajo» a la nacionalización al hilo de las experiencias totalitarias, bélicas, revolucionarias, de migración y de reordenación de las fronteras políticas que tuvieron lugar, especialmente en sus cuatro primeras décadas. Una experiencia ejemplar de todo ello la proporcionan

⁴⁵ Fernando MOLINA y Miguel CABO: «Historiografía i nacionalització...», pp. 164-165.

los individuos que habitaban los Estados formados y reformados entre la Primera Guerra Mundial y la posguerra de la Segunda Guerra Mundial en la Europa central y oriental. En ese tiempo, polacos, alemanes, bielorrusos, lituanos, rusos o ucranianos vivieron experiencias traumáticas de violencia bélica, cambios de frontera, migraciones forzadas, revoluciones políticas e instauración de nuevos Estados y regímenes totalitarios. Y en estos procesos debieron improvisarse nuevas culturas nacionales⁴⁶. Y, en ese contexto, también hubo una particular experiencia polaca, alemana, rusa o ucrania de «personalización» de la nación. El análisis de fuentes biográficas de naturaleza diversa (memorias y escritos autobiográficos, diarios, cartas, artículos en revistas locales, escritos escolares), fomentado por el hecho de que en algunos de estos países (por razones políticas muy comprensibles) sí se llegaron a crear registros públicos de estos materiales (en la medida en que eran presentados en la escuela, enviados a periódicos u objeto de tratamiento estadístico y análisis sociológico), ha permitido conocer cómo esos individuos reelaboraron la nación a la par que se dotaron de un nuevo relato biográfico más o menos adecuado al canon nacionalista fijado por los nuevos Estados comunistas. Conjugaron, así, su memoria personal con el discurso de los nuevos regímenes totalitarios de forma contradictoria y ambigua, mediante procesos de identificación que seleccionaban las imágenes e ideas oficiales sobre la nación que mejor casaban con cada trayectoria biográfica. De esa manera, la consideración que cada uno hacía del patrimonio nacional oficial fue diversa. Unos seleccionaron como cauce de identificación preeminente la lengua; otros, el paisaje; otros, la memoria familiar... Y es que la condición subjetiva de la nación permite que ésta sea aprehendida en tanto que narrativa que integra el «yo» en el «nosotros»⁴⁷.

⁴⁶ Timothy SNYDER: *The Reconstruction of Nations. Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999*, New Haven-Londres, Yale UP, pp. 179-214; Gregor THUM y José M. FARALDO: «Las Regiones Occidentales Polacas. Experimento social y arquitectura de las identidades», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 22 (2000), pp. 325-346.

⁴⁷ José M. FARALDO: *Europe, Nationalism, Communism. Essays on Poland*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2008, pp. 53-54. Una orientación similar en Linda McDOWELL: «Cultural memory, gender and age: young Latvian women's narrative memories of war-time Europe, 1944-1947», *Journal of Historical Geography*, 30 (2004), pp. 701-728.

Los significados oficiales concedidos en una determinada cultura nacional al paisaje, las costumbres, tradiciones, lengua, localidad o cultura popular interactúan con las inquietudes biográficas del sujeto que se imagina como parte de una nación. Y a ello se suman las «experiencias de nación» que vivirá en la esfera pública y semipública en que se socializará como ciudadano y ejercerá o reclamará sus derechos políticos: escuela y servicio militar, excursionismo y deportes, trabajo y círculos familiares y de amistad, parroquia y ceremonial religioso... En esas experiencias tendrá una poderosa influencia el nacionalismo banal que alimenta dichas esferas, sea producto de un Estado o de un movimiento nacionalista subestatal más o menos institucionalizado⁴⁸.

Las «experiencias de nación» que tuvieron lugar en la Europa oriental reconstruida a partir de 1945 muestran, en todo caso, que el individuo no acepta sin más lo que encuentra en las esferas pública o semipública, si bien en su consumo nacional no sólo cuentan factores subjetivos. Su autonomía ante la nación está delimitada por los relatos que en ellas hayan puesto en circulación los «productores de nación», que le ayudarán a construir su identidad en la esfera privada. Estos relatos no son asimilados de forma uniforme sino que son seleccionados («loncheados» y «digeridos») en función de tradiciones y memorias familiares, de la educación cívica y religiosa, de los discursos de los medios de comunicación, de la cultura popular, del paisaje urbanístico y arquitectónico (y su particular estética patriótica), o de las lecturas sobre historia y literatura nacional...⁴⁹

El nacionalismo «oficial» interactuó con el «personal» de los habitantes de unas localidades que habían sido alemanas y ahora eran polacas, o que habían sido polacas y ahora eran soviéticas (ucranianas, lituanas, bielorrusas, rusas). Y en ese contacto entre identidad pública y privada determinadas imágenes e historias sobre «nosotros» fueron ignoradas, aceptadas o reformuladas según las necesidades que cada individuo tuvo de dotarse de sentido en un marco territorial y ambiental en transformación.

⁴⁸ Ferran ARCHILÉS: «¿Experiencias de nación?...», pp. 127-130.

⁴⁹ José M. FARALDO: *Europe, Nationalism, Communism...*, pp. 83-84.

Experiencias biográficas de nación

La identidad nacional puede ubicarse en esta frontera difusa entre el consumo y la banalidad. Una reciente compilación de biografías de «nacionalistas heterodoxos» de la España del siglo pasado refleja esa porosidad entre lo consciente y lo inconsciente, lo asumido desde fuera y lo negociado (y adaptado a la trayectoria biográfica) por cada persona en cada contexto⁵⁰. Esta aproximación múltiple a la potencial realidad cambiante de la nación muestra que los individuos tienen cierta capacidad de negociación de sus marcos de referencia e identificación en tanto que «nacionales». Su autonomía nunca es total pero sí mucho mayor de lo que hasta fechas recientes había sido reconocido por la historiografía o la teoría social. Cuando una investigación histórica se centra en la nación en tanto que experiencia biográfica, lo que resulta es una diversidad de procesos y formas de nacionalización de la persona. Así, el individuo no es nacionalizado de forma pasiva y total, sino que, como sugiere el caso de la Polonia de posguerra, puede escoger la nación en un momento o coyuntura dados, mediante un cálculo intuitivo de costes y beneficios. Esta elección no es, por supuesto, completamente racional y libre, sino que está sujeta a límites. Escoge la nación en función de un marco de valores y oportunidades fijado por su entorno familiar y local, su filiación política e ideológica, sus experiencias de socialización educativa, deportiva y profesional, sus amistades y vínculos sentimentales, así como de otras identidades que lo definen (género, religión, región, localidad, sexualidad)⁵¹.

Dada la condición subjetiva de la «experiencia de nación», los factores que inducen a identificarse con ella no son permanentes, sino que mutan al compás de la vida de la persona, lo que permite cambios en el registro de identificación nacional. Estos cambios pueden despertar emociones nacionalistas allí donde no las había o bien enfriarlas; pueden desactivar un nacionalismo para activar otro, sustituyéndose o solapándose uno a otro según las circuns-

⁵⁰ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA (eds.): *Los heterodoxos de la patria...*

⁵¹ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA: «Identidad nacional, heterodoxia y biografía...», pp. 11-12.

tancias biográficas y el contexto histórico que las enmarca. Así, la evolución ideológica puede fomentar una conversión nacional que siempre será asumida como natural por el individuo. Es el caso de Martín de Arrizubieta, sacerdote vizcaíno que transitó por los mayores extremismos políticos del pasado siglo haciendo uso de peculiares «pasarelas ideológicas» (caso del catolicismo político o el racismo)⁵². De esta forma fue capaz de identificarse, en fases sucesivas, con la nación vasca de impronta integrista, la nación española fascista y nacionalcatólica para volver a cambiar de registro y abrazar, en el final de sus días, la causa de la nación vasca revolucionaria y asesina de la ETA de los setenta⁵³. O el caso de Manuel Aznar, que protagonizó un más tranquilo viaje (sin billete de vuelta) del nacionalismo vasco integrista al nacionalcatolicismo franquista. Un viaje en el que, más allá de una singular habilidad para el oportunismo político, subyacen de nuevo esas «pasarelas ideológicas» (en su caso el catolicismo o el militarismo) que, en contextos de crisis política y social, pueden animar a cambiar de patria sin hacerlo de cultura política⁵⁴. En otras ocasiones, el billete de vuelta resulta confuso, y además nunca se cuenta en el bagaje de experiencias del individuo porque éste nunca lo contemplará hasta que el cambio biográfico lo exija y aun entonces lo dará por natural, confiriéndole una ilusoria normalidad. Es el caso de Santiago Montero, en el que de nuevo se puede constatar una biografía más o menos prototípica de nacionalista español que, sin embargo, incorpora un flirteo con

⁵² Este concepto fue formulado por Philippe Burrin para el caso de los virajes ideológicos de las izquierdas revolucionarias al fascismo en los años treinta. Una exposición crítica de esta tesis en el marco de una investigación interesantísima sobre estas transformaciones ideológicas y sus consecuencias patrióticas en Steven FORTI: *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de Entreguerras*, tesis doctoral presentada en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2011, pendiente de publicación.

⁵³ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: «¿Un nazismo colaboracionista español? Martín de Arrizubieta, Wilhem Faupel y los últimos de Berlín», *Historia Social*, 51 (2005), pp. 21-47, e íd.: «Martín de Arrizubieta: un cura nazi entre dos patrias y tres utopías», en Alejandro QUIROGA y Miguel Ángel DEL ARCO (eds.): *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*, Granada, Comares, 2010, pp. 397-424.

⁵⁴ Ludger MESS: «De discípulo de Sabino a hagiógrafo de Franco. La mutación permanente de Manuel Aznar Zubigaray», en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA (eds.): *Los heterodoxos de la patria...*, pp. 49-78.

el nacionalismo gallego tanto en su etapa de juventud como en la de vejez⁵⁵. En este caso de nuevo puede comprobarse la existencia de «pasarelas» (en este caso no tanto el catolicismo cuanto un regeneracionismo de signo conservador y revolucionario) entre naciones que eran imaginadas de forma mucho más cercana de lo que los nacionalismos canónicos respectivos podían asumir. Algo que no deja de reflejar la «cohabitación y ósmosis ideológica y cultural entre los diversos nacionalismos de referente opuesto que conviven en el territorio español» en la medida en que participaban de una cultura católica y conservadora común⁵⁶.

Mi constatación personal es que el relato biográfico «ilusorio» que cuestionó Pierre Bourdieu interactúa con un relato de la nación tanto o más «ilusorio», que es convertido en canon narrativo por el nacionalismo y que luego cada persona adopta y readapta en función de su trayectoria biográfica y de cómo se posiciona ante ella⁵⁷. En mi experiencia como biógrafo he tenido ocasión de percibir la pluralidad de factores que marcan el «peso (cambiante) de la nación». José María Arizmendiarieta, fundador del movimiento cooperativo industrial de Mondragón, creció inmerso en un universo tan poco sensible a ideal patriótico alguno como era el agro vasco de principios del siglo XX. Fue nacionalizándose en un sentido vasco durante la adolescencia inspirado por su padre, simpaticante del Partido Nacionalista Vasco, por sacerdotes cercanos a este partido y por su entorno educativo de seminarista, fuertemente reactivo a las políticas laicistas (teñidas de españolismo) de la Segunda República. Su condición de seminarista le hizo vivir su filiación patriótica con tensión, pues su identidad católica era forzosa-

⁵⁵ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012, pp. 6-7.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 7. Esta misma tesis, propuesta por Enric UCCELAY DA CAL hace décadas para la interpretación de los orígenes del fascismo hispano y que formalizó, posteriormente, en *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003, es la que inspira trabajos recientes como el de Alejandro QUIROGA: «Hermanos de sangre. Regeneracionismo, catolicismo y racismo en los nacionalismos españoles, catalanes y vascos (1890-1945)», en Cristóbal GÓMEZ (eds.): *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2011, pp. 629-660.

⁵⁷ Fernando MOLINA: «Writing the self into the nation. Autobiography and National Identity in Mario Onaindia», ponencia presentada en el Simposio *Life-writing in Europe: private lives, public spheres and biographical interpretations*, Universidad de Oxford, abril de 2012, pendiente de publicación.

mente ecuménica y le generaba una gran inquietud social. En su primera juventud apostó, sin embargo, por la militancia en el llamado «renacimiento cultural vasco», lo que le convirtió en una persona próxima al Partido Nacionalista Vasco, trabajando en el Departamento de Propaganda del Gobierno Vasco durante la Guerra Civil. Tras la experiencia traumática de la guerra, la represión a que hubo de hacer frente y la transformación espiritual que todo ello le generó, algo cambió en él. Algo que se resolvió en pequeños detalles y anécdotas reveladoras que hubieran sido ignoradas por cualquier aproximación no específicamente biográfica: el abandono de la lengua vasca en el espacio público, el desinterés por su cultivo intelectual, el rechazo a implicar el movimiento empresarial que fundó en la causa de la oposición antifranquista; así como ciertas anécdotas que nunca salieron a la luz y que se tradujeron en ásperas polémicas privadas con una nueva generación de nacionalistas vascos exaltados (alguno de ellos con su particular trayectoria franquista convenientemente «olvidada»). A la altura de los treinta años dejó de ser un nacionalista vasco. Y el catolicismo social que abrazó en su juventud desempeñó una parte fundamental en dicho tránsito en tanto que pasarela ideológica que en este caso no favoreció el tránsito de un nacionalismo a otro, sino su sustitución por un humanismo cristiano de ecos socialdemócratas⁵⁸.

Esta experiencia de desarraigo de la patria la he vuelto a contemplar, de otra manera, en Mario Onaindía. Nacido en una familia de simpatizantes del Partido Nacionalista Vasco, militante de ETA, protagonista destacado del Juicio de Burgos en 1970 y líder intelectual de uno de los partidos esenciales de la transición vasca: Euskadiko Ezkerra, que evolucionó a una posición crítica con un nacionalismo vasco que terminó por «despersonalizar», abrazando un cierto españolismo vasquista (o vasquismo españolista, tanto monta). A esta transformación nacional no fue ajeno su abandono del marxismo y su adopción de un liberalismo socialdemócrata como ideología referencial. Su diagnóstico de los efectos del nacionalismo en el individuo es casi quirúrgica, y es incomprensible sin tener en cuenta la reconstrucción biográfica a la que todo proceso de «renacionalización» (en el sentido que Alejandro Quiroga concede a este término en este dossier) va unido, especialmente

⁵⁸ *Jose María Arizmendiarieta (1914-1975)*, Mondragón, Caja Laboral, 2005.

cuando éste implica una apuesta política por reubicar la nación de la mano de una nueva ideología, como en su caso fue el constitucionalismo liberal⁵⁹.

Por supuesto, estas experiencias biográficas son minoritarias en un siglo que, como aquel que describió Ernest Gellner (inspirado en Hans Kohn), también fue el «siglo del nacionalismo». Lo que estas incursiones en biografías de personajes del pasado reciente que cambiaron de nación (o la reubicaron narrativamente como parte de un particular cambio político e ideológico) muestran es que cuando el historiador prescinde de adoptar un doble canon ilusorio (biográfico y patriótico) a su relato del pasado e individualiza abstracciones («pueblo», «nación», «república», «dictadura», «marxismo», «liberalismo», «catolicismo», «lucha de clases», «Iglesia»), puede descubrir una relación entre el individuo y la nación más fluida y menos sometida a los dictados del nacionalismo. Esto es patente tanto entre la mayoría que no cambia de nación como en la minoría que sí lo hace, y es aún más evidente en los individuos que optan por la movilidad transnacional. Es como cambiar una lente del microscopio y comenzar a ver movimiento en donde antes sólo había quietud⁶⁰.

Conclusión

Existe un «nacionalismo metodológico» que tiende a nublar nuestra forma de concebir la nación en el pasado⁶¹. Influidos por el discurso nacionalista, nos vemos tentados a aplicar un canon patrió-

⁵⁹ Fernando MOLINA: *Mario Onaindia. Biografía Patria (1948-2003)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.

⁶⁰ Desley DEACON, Penny RUSSEL y Angela WOOLLACOTT: «Introduction», en Desley DEACON, Penny RUSSEL y Angela WOOLLACOTT (eds.): *Transnational lives. Biographies of Global Modernity, 1700-present*, Londres, Palgrave MacMillan, 2010, p. 2.

⁶¹ Ulrich BECK: *Poder y contrapoder en la era global*, Barcelona, Paidós, 2004; Andreas WIMMER y Nina GLICK SCHILLER: «Methodological Nationalism and beyond: nation-state building, migration and the social sciences», *Global Networks*, vol. 2, 4 (2002), pp. 301-334; Daniel CHERNILO: «Social Theory's Methodological Nationalism: Myth and Reality», *European Journal of Social Theory*, vol. 9, 1 (2006), pp. 5-22; Ferran ARCHILÉS: «Escriure la historia contemporània. Creixement, fragmentació i qüestió nacional», *Afers*, 50 (2005), pp. 94-126; ID.: «Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea», en Is-

tico a los hombres y mujeres que habitaron el pasado, convirtiendo la nación en una identidad normalizada en sus vidas. Esto, en realidad, sólo funciona en las biografías de los grandes productores de nación. Que son, muchas veces, poco más que el producto de «ilusiones biográficas» elaboradas por ellos mismos o por otros productores que, en calidad de biógrafos, han buscado honrarlos y adaptar sus vidas al canon nacionalista que ellos mismos profesan.

Eugen Weber recordó que la historia es una tierra de paradojas contra la que nos estrellamos cuando intentamos conferirle demasiada lógica. El principal enemigo del historiador es el propio historiador cuando se empeña en conceder a la historia un sentido lineal o muy definido. Y esto, en el caso del nacionalismo, lleva a muchos a comprender ese pasado y las vidas que lo habitaron desde una narrativa que dan por supuesta: la nación. Los historiadores seguimos supeditados en exceso a las teorías de los científicos sociales a la hora de estudiar este fenómeno. Teorías que no son inmunes, ni mucho menos, a este nacionalismo «metodológico». Deberíamos abandonar el «parasitismo» sociológico y alcanzar una mayor «simbiosis» entre sociología e historia en el análisis de la nación⁶². Porque somos los más indicados para aportar otros puntos de vista a partir de un acercamiento «personalizado» a este fenómeno, para lo cual puede ser de gran ayuda un mayor cultivo del género biográfico y una historia «desde abajo» de los procesos de nacionalización.

Este fin es el que ha guiado una exposición a la que he dado un consciente tono ensayístico. No está construida, obviamente, como un estado de la cuestión, que hubiera requerido de un vastísimo aparato crítico y que narrativamente tiende a congeniar con dificultad con una propuesta más abierta, de naturaleza metodológica, que es la que guía estas páginas. Una propuesta fundada, además, en dos fuentes muy concretas: por un lado, los hallazgos que ha conseguido una generación de historiadores españoles a la que, tanto por edad como por inquietudes compartidas, me siento cercano; y, por otro lado, mi propio trabajo, centrado en un ámbito territorial (el País Vasco) felizmente decreciente en importancia académica (al compás de la derrota policial y judicial del terrorismo nacionalista vasco). Convivir en una sociedad tan compleja como la

mael SAZ y Ferran ARCHILÉS: *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 245-330.

⁶² Timothy SNYDER: *The Reconstruction of Nations...*, p. 11.

vasca y haberme dedicado a estudiar su pasado reciente con el fin de dismantelar los mitos que han sustentado sus violencias y extremismos políticos me ha deparado eso que Eugen Weber advertía: muchas paradojas y pocas certezas sobre la relación que los individuos mantienen con la nación. De ahí que mi impresión es que lo que los historiadores vamos a poder aportar a la teoría sobre la nacionalización serán pocas reglas y mucho caos, pocas determinaciones y mucho azar, pocas heterodoxias públicas y muchas privadas. Los mismos nacionalistas, cuando han apostado por hacer una evaluación histórica de sí mismos despegando su relato biográfico del canon patriótico, es lo que muestran: muchas inseguridades y alguna que otra paradoja⁶³. Porque, parafraseando un clásico de la canción italiana de los setenta recuperado recientemente por un conocido cantante melódico catalán (que, ¡ay!, canta en castellano): «la nación es así, no la he inventado yo».

⁶³ Fernando MOLINA: *Mario Onaindia...*, pp. 198-200.